

## “L'AMORE DEI TRE RE” DE MONTEMEZZI EN EL COLÓN

Sobre un libreto con desvíos d'annunzianos y con exacerbaciones wagnerianas de Sem Benelli, Italo Montemezzi, escribió hace treinta y un años su ópera más importante, “L'amore dei tre re”.

Obra nacida de una preposición estética de aquellas que tanto abundan en la Italia de la pre-guerra mundial del '14, esta obra se enraiza por una parte con la estética wagneriana del teatro lírico y por otra con la concepción orquestal del straussianismo melodramático del 1800. Montemezzi, que en tal momento tenía treinta y ocho años, escribió esta obra con un fervor musical frenético y un dominio técnico admirable.

Aún adaptándose a los cánones estéticos de septentrión, Montemezzi, sabe filtrar con una sensibilidad latina, los elementos analíticos y lógicos que podían haberle sido fatales. Su obra tiene empuje trágico, riqueza sonora, variedad de inventiva tímbrica y potencia lírica. Lástima grande que el libreto sea tan adulterino y tan necrofórico en el último acto y que aquí y allá haya larguras innecesarias y teatralidades de un mal gusto, muy neosecular.

Tal como se ha hecho muy a menudo con obras de mérito, debería repararse el libreto, quitarle las rebarbas y aligerarlo o reemplazarle ciertas escenas, porque la música de Montemezzi merece tener más suerte de la que tiene.

La versión de anteanoche en el Colón contó con dos artistas de gran envergadura: Héctor Panizza y Giacomo Vaghi.

Héctor Panizza concertó la dignidad del espectáculo con artistas no todos capaces de cumplir la difícil misión que la obra de Montemezzi exige. Fue el verdadero “conductor” de tanto elemento bisoño con el cual debe arreglarse la temporada del Colón y desde ese punto de vista su labor es imponderable.

Como director de orquesta concertó la difícil y variada partitura con nervio, coherencia y convincente fuerza trágica: delineó claramente el choque de ritmos y compensó eficazmente la masa sonora.

Giacomo Vaghi encarnó un Archibaldo admirable, ya sea por la plástica escénica en la cual se ha mostrado el gran actor renovadamente admirado, ya sea por la precisión del acento vocal, recitando y cantando su parte con un dolor y una crueldad comunicativa.

Delia Rigal cumplió muy bien vocalmente con su difícil parte y si no fue la gran trágica que el personaje exige trató de hallar su tono escénico con mucha inteligencia y mesura.

Vidal cantó con voz satisfactoria pero fue insuficiente como actor y el tenor Vela estuvo muy por debajo de las necesidades artísticas que la obra requiere, no obstante su buena voluntad. No hay que olvidarse que “L'amore dei tre re” es obra reaccionaria y que exige en el cantante la perfección de actor.

Carlos Giusti estuvo muy acertado en su intervención y según lo episódico de sus partes E. Brizzio, N. Palmieri, M. de Benedictis y R. Maggiolo actuaron con obediencia. Los coros se desempeñaron con precisión. La dirección escénica de O. Erhardt aceptable. Los decorados, de una arquitectura espectacular, muy afinados al temperamento de la obra.

Los trajes son de una antiteatralidad evidente; podrán pasar como figurines aislados, pero nunca como agentes activos de un poema. No basta ponerle un traje más o menos bello al actor para hacer teatro, hay que saberlo vestir según las exigencias psíquicas de las obras y proporcionarle un medio para significar el personaje; los trajes del tenor y el barítono no hicieron sino manifestar los defectos físicos de los intérpretes en vez de atenuarlos.

El público estuvo cordial.

**Juan Francisco Giacobbe<sup>1</sup>**

---

<sup>1</sup> Artículo publicado en el diario “Il mattino d'Italia” el 16 de julio de 1944. (N.d.R.)

## “L'AMORE DEI TRE RE”, DE MONTEMEZZI EN EL COLON

Sobre un libreto con desvíos d'annunzianos y con exacerbaciones wagnerianas de Sem Benelli, Italo Montemezzi, escribió hace treinta y un años su ópera más importante, “L'amore dei tre re”.

Obra nacida de una preposición estética de aquellas que tanto abundan en la Italia de la pre-guerra mundial del 14, esta obra se enraiza por una parte con la estética wagneriana del teatro lírico y por otra con la concepción orquestal del strausianismo melodramático del 1800. Montemezzi, que en tal momento tenía treinta y ocho años, escribió esta obra con un fervor musical frenético y un dominio técnico admirable.

Aun adaptándose a los cánones estéticos de septentrión, Montemezzi, sabe filtrar con una sensibilidad latina, los elementos analíticos y lógicos que podrían haberle sido fatales. Su obra tiene empuje trágico, riqueza sonora, variedad de inventiva tímbrica y potencia lírica. Lástima grande que el libreto sea tan adulterino y tan necrofórico en el último acto y que aquí y allá haya larguras innecesarias y teatralidades de un mal gusto, muy neosecular.

Tal como se ha hecho muy amenudo con obras de mérito, debería repararse el libreto, quitarle las rebarbas y aligerarlo o reemplazarle ciertas escenas, porque la música de Montemezzi merece tener más suerte de la que tiene.

La versión de anteanoche en el Colón contó con dos artistas de gran envergadura: Héctor Panizza y Giacomo Vagni.

Héctor Panizza concertó la dignidad del espectáculo con artistas no todos capaces de cumplir la difícil misión que la obra de Montemezzi exige. Fué el verdadero “conductor” de tanto elemento bisogno con el cual debe arreglarse la temporada del Colón y desde ese punto de vista su labor es imponderable.

Como director de orquesta concertó la difícil y variada partitura con nervio, coherencia y convincente fuerza trágica; delineó claramente el choque de ritmos y compensó eficazmente la masa sonora.

Giacomo Vagni encarnó un Archibaldo admirable, ya sea por la plástica escénica en la cual se ha mostrado el gran actor renovadamente admirado, ya sea por la precisión del acento vocal, recitando y cantando su parte con un dolor y una crueldad comunicativa.

Delia Rigal cumplió muy bien vocalmente con su difícil parte y si no fué la gran trágica que el personaje exige trató de hallar su tono escénico con mucha inteligencia y mesura.

Vidal cantó con voz satisfactoria pero fué insuficiente como actor y el tenor Vela estuvo muy por debajo de las necesidades artísticas que la obra requiere, no obstante su buena voluntad. No hay que oírdarse que “L'a-

more dei tre re” es obra reaccionaria y que exige en el cantante la perfección de actor.

Carlos Giusti estuvo muy acertado en su intervención y según lo episódico de sus partes E. Brizzio, N. Palmieri, M. de Benedictis y R. Maggiolo actuaron con obediencia. Los coros se desempeñaron con precisión. La dirección escénica de O. Erhart aceptable. Los decorados, de una arquitectura espectacular, muy afinados al temperamento de la obra.

Los trajes son de una antiteatralidad evidente; podrán pasar como figurines aislados, pero nunca como agentes activos de un poema. No basta ponerle un traje más o menos bello al actor para hacer teatro, hay que saberlo vestir según las exigencias psíquicas de las obras y proporcionarle un medio para significar el personaje; los trajes del tenor y el baritono no hicieron sino manifestar los defectos físicos de los intérpretes en vez de atenuarlos.

El público estuvo cordial.

JUAN F. GIACOBBI